El Núcleo del Evangelismo Lección 8

Hoy puedes ser Nicodemo (Juan 3).

Hay conversaciones que recordamos toda la vida. No porque duraran horas. No porque fueran espectaculares. No porque ocurrieran delante de una multitud. Las recordamos porque algo cambió dentro de nosotros.

Quizá ni siquiera comprendimos todo en ese momento. Quizá pasaron días, meses o años antes de entender plenamente lo que habíamos escuchado. Pero aun así podemos señalar ese instante y decir: "Algo comenzó allí."

La Biblia nos cuenta una de esas conversaciones. No ocurrió en un templo. No ocurrió durante un sermón público. No ocurrió frente a miles de personas. Ocurrió de noche.

Un hombre llamado Nicodemo fue a buscar a Jesús. Y aunque probablemente no lo sabía, estaba caminando hacia la decisión más importante de toda su vida.

Antes de continuar quiero proponerte algo. Por unos minutos deja de pensar en Nicodemo. Olvídate del personaje histórico. Olvídate del fariseo. Olvídate del maestro de Israel. Hoy ese puedes ser tú.

Porque es posible acercarse mucho a Dios y aun así sentir que algo falta. Es posible conocer versículos y todavía tener preguntas. Es posible admirar a Jesús y no haber entendido todavía todo lo que Él quiere hacer en nuestra vida. Nicodemo era un hombre respetado. Era religioso, estudioso, sincero. Era exactamente el tipo de persona que la mayoría habría considerado cerca de Dios, aun así fue a buscar respuestas.

Eso requiere humildad. Mucha humildad. Hay personas que no preguntan porque temen descubrir que no saben tanto como creen. Nicodemo hizo lo contrario. Fue, preguntó, escuchó y permitió que Jesús cuestionara algunas de las cosas sobre las cuales había construido toda su vida.

Quizá ahí comienza el camino para muchos de nosotros. No cuando tenemos todas las respuestas. Sino cuando finalmente reconocemos que aún tenemos preguntas.

Más cerca de lo que imaginas

En una de las lecciones anteriores vimos una frase de Jesús que siempre me ha llamado la atención: "No estás lejos del Reino de Dios" (Marcos 12:34). No estar lejos no significa estar dentro. Existe una gran diferencia entre ambas cosas.

Puedes estar cerca de una puerta sin cruzarla.

Puedes admirar una casa sin entrar en ella. Puedes observar una mesa sin sentarte a comer, y puedes conocer acerca de Cristo sin haber respondido todavía al llamado de Cristo.

Nicodemo estaba cerca. Muy cerca. Tan cerca que una noche decidió buscar a Jesús personalmente. Lo interesante es que Jesús no comenzó felicitándolo. No comenzó resaltando su conocimiento. No comenzó enumerando sus logros espirituales. Casi inmediatamente llevó la conversación hacia algo inesperado.

Algo que Nicodemo no estaba buscando. Algo que cambiaría toda la dirección de la conversación.

La pregunta detrás de todas las preguntas

Con frecuencia creemos que las personas necesitan más información. A veces es verdad. Pero otras veces la necesidad es más profunda. Hay momentos en que una persona no necesita simplemente aprender algo nuevo. Necesita convertirse en algo nuevo. Esa es una diferencia enorme.

Nicodemo llegó como un estudiante.

Jesús comenzó a hablarle como alguien que necesitaba experimentar algo. Nicodemo vino buscando comprensión. Jesús comenzó a hablarle de transformación. Nicodemo esperaba una explicación. Jesús apuntó hacia un nuevo comienzo.

Aquí es donde esta historia deja de ser solamente la historia de Nicodemo. Porque la misma pregunta sigue vigente hoy.

No para los fariseos.

No para los líderes religiosos.

No para las personas del primer siglo.

Para nosotros.

¿Es posible haber caminado durante años alrededor de las cosas de Dios y todavía necesitar algo más profundo?

¿Es posible estar cerca del Reino y aún no haber entrado?

¿Es posible admirar a Jesús sin haber entregado completamente la vida a Jesús?

El mismo desafío: ayer lo vivió Nicodemo, hoy nosotros.

Muchas veces leemos Juan 3 sabiendo cómo termina la historia. Nicodemo no tenía esa ventaja. Aquella noche no salió con todas las respuestas. Salió pensando.

Y quizá ahí hay algo que a nosotros también nos cuesta. Los seres humanos encontramos difícil distinguir lo que proviene de Dios de lo que proviene de nuestro propio trabajo. Nicodemo había estudiado, había cumplido, había construido una vida religiosa admirable. Pero Jesús le habló de algo que nadie se fabrica a sí mismo: "el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Juan 3:3). Nadie se da a luz a sí mismo. El nacimiento se recibe. Lo que Dios quería hacer en Nicodemo no era algo que su esfuerzo pudiera producir.

Algunas conversaciones con Dios son así. No producen una conclusión inmediata. Producen una semilla que comienza a crecer. Una pregunta que ya no puede ignorarse. Una inquietud que se resiste a desaparecer.

Nicodemo no lo sabía todavía, pero volvería a encontrarse con Jesús en sus pensamientos una y otra vez. Lo vemos más tarde defendiéndolo tímidamente ante sus propios colegas (Juan 7:50-52). Lo vemos finalmente junto a la cruz, llevando lo necesario para sepultarlo (Juan 19:39). Algo había comenzado aquella noche, aunque todavía no podía ver hasta dónde lo conduciría.

Porque tal vez, igual que Nicodemo, todavía no sabes hacia dónde te está guiando Dios, y tal vez, igual que Nicodemo, estés acercándote a la decisión más importante de toda tu vida.

Si Jesús se sentara hoy frente a mí, como se sentó frente a Nicodemo aquella noche:

"Si Nicodemo, con todo lo que sabía, necesitó escuchar a Jesús, ¿qué es lo que yo todavía necesito escuchar?"